

## 3er COLOQUIO INTERNACIONAL LA NOVELA CORTA EN MÉXICO

*Mesa 3. “Entre escritores: la novela corta”*

*Lunes 10 de noviembre, 18:30 horas*

Aline Pettersson

### ¿Y LA NOVELA CORTA QUÉ?

Lo que importa, en términos de la significación, es el mundo de acción humana que toda narración proyecta.

Luz Aurora Pimentel

Reflexionar sobre las características que envuelven la novela corta me puso frente a la mayoría de mis libros de ficción. En realidad, no me había percatado bien de que estos libros de pocas páginas no alcanzan la categoría de novela. Son novelas cortas y, aunque no soy académica, sí soy muy curiosa para asomarme a la palabra que sale de la imaginación creativa como también la de quienes la estudian desde otro ángulo, el ángulo de la investigación literaria.

Siempre he respondido a la pregunta sobre mi manera de escribir que mi aliento es breve, que me vacío en una sentada de muy escasas páginas y que debo esperar —como si se llenara una fuentecita vacía— para volver a ello, cosa que puede ser pasadas algunas horas o probablemente hasta el otro día. Y no es que no sepa lo que quiero desarrollar, sino que el camino se me nubla, huyen de mí las palabras y huye también la claridad sintáctica y semántica de lo que deseo narrar.

En un ensayo muy comentado, "El jugador de Chejov. Tesis sobre el cuento" (1987), Ricardo Piglia se refiere a que en el cuento hay dos historias, la evidente y la oculta. "La historia secreta se cuenta con lo no dicho, con el sobreentendido y la alusión." Y apropiándome, pero es probable que desvirtuándolo, eso hago yo al escribir una novela, una novela corta. Entonces se me ocurre pensar que es, en mi caso, un mestizaje entre dos géneros.

Decir que el cuento se apoya en la alusión y la novela en la descripción no agrega nada; sin embargo mientras Borges con frecuencia lleva, en sus textos, a poner a la vista problemas abstractos muchas veces sin solución y encarnados en personajes a menudo esquemáticos, los problemas que propone Alice Munro, en los suyos, desde este lado de la condición humana, plantean un desarrollo mayor en los rasgos de los protagonistas. Y me parece que se acercan más a los de la novela breve, aunque los problemas puedan en ocasiones, quedar igualmente sin solución narrativa.

La importancia de la novela realista del siglo XIX se prolongó al XX y al XXI, Balzac y Vargas Llosa serían claros ejemplos. En ésta se pretende ofrecer al lector el mosaico de una sociedad lo más completo que lo permita la narración. Pienso que es otra la búsqueda en una novela corta. En ese sentido, creo asimismo que ésta se aproxima al cuento que, en su síntesis, pretende irradiarse más allá de su extensión en la reminiscencia lectora. Así crece y se prodiga. Cito de nuevo a Luz Aurora Pimentel, de *El relato en perspectiva* (1998): "Los sucesos diegéticos tienen una duración que depende finalmente del espacio para ellos destinado en el texto narrativo; dicho de otra manera, el espacio temporal que vive el lector depende no tanto del tiempo diegético en sí, sino del tiempo del discurso".

Bueno, creo que ésa es una diferencia grande con la novela extensa, la breve se intensifica, tanto en lo condensado de la exposición, cuanto en la manera de organizar el texto o en la elección de las palabras mismas. Qué se dice, qué se sugiere, qué se da quizá por sentado. Mientras la novela, propiamente dicha, suele inclinarse por una exposición horizontal, la corta busca la verticalidad. Apoyándome en mi novela corta *La noche de las hormigas*, el personaje acaba de ser asaltado: "Sólo tengo media hora. Pero la media hora de ellos [los asaltantes] es hasta que el policía de la tienda ponga candados en las puertas. La mía es hasta el final, pero mi final. No, no tiene media hora. Sólo unos minutos antes de que sea demasiado tarde". Y en esos minutos transcurre el recuento de los hitos de su vida y,

paralelamente, el deshilvanarse de sus pensamientos con la agonía. Menos palabras, menos sucesos, más hondura en menor número de elementos, incluyendo la cantidad misma de personajes en escena. No se trata de abarcar el cosmos de *La guerra y la paz* sino de asomarse a algún habitante como en *La muerte de Iván Ilich*. Tolstoi cierra su lente panorámica para escarbar en el protagonista las opiniones que la enfermedad y conciencia de su próximo fin le suscitan a éste y a quienes lo rodean.

Desde mi niñez y temprana adolescencia soñé con escribir novelas, inicié más de una que bastante pronto abandoné hasta caer en un nuevo intento fallido. Y si bien entonces leí a Poe, nunca me pasó por la cabeza escribir cuentos. Salgari, Twain y Dickens eran por ese lejano entonces mis guías y yo estaba más que decidida a asomarme a la novela. Aún conservo un cuaderno con apuntes muy viejos de aquel tiempo y, al ver el escaso número de páginas que ocupa la fracción de la historia que llegué a escribir, estoy segura que, de haber yo perseverado, habría sido otra novela corta.

Acaso en esta época la novela breve pueda resultar más atractiva. Las largas noches del invierno obligaban al encierro y a la lectura prolija, ahora no es que en ciertas regiones del mundo las noches sean menos largas o frías, es sólo que la vida ha cambiado, la atención se ha fragmentado en distractores en continua transformación y la capacidad receptiva es menos prolongada. Sin embargo, algunos lectores eligen *bestsellers* de muchas páginas que los entretienen un buen rato. Hay autores, como es mi caso, que escriben y desechan y recuperan y vuelven a desechar palabras y anécdotas, escarban y cubren, en suelos más reducidos, horadaciones por las que querrían llegar inútilmente hasta el fondo. Es obvio, desde luego, que el número de páginas no es indicativo de mayor o menor calidad. Sólo se trata de una de las posibles diferencias entre una novela y una novela corta.

Vuelvo a mi proceso personal, por ejemplo, me llega la idea de explorar en la escritura si es posible tener una comunicación casi total con el Otro. Eso, para mí, sería el conflicto, la historia oculta, que es aludida en el comportamiento, digamos, de dos personajes. El asunto no va a dejarme en paz hasta que decida si va a tratarse de una pareja, de dos amigos, de padre e hijo. Sé que mi historia oculta (el peso de la incomunicación) puede encarnarse en ellos o en otros similares. Tampoco me interesa en absoluto escribir una novela de tesis. Simplemente me gustaría recoger y destilar mis observaciones, mis sensaciones, mis reflexiones y tratar de que personajes y eventos se desarrollen en un *tempo* adecuado que

permita darle fuerza a la historia y cuidar que no se vuelva monotemática, que ofrezca una tensión narrativa adecuada con ciertas digresiones. Sin embargo, el caso es que la monotemática no va a ser la novela, sino yo misma, que con cada una de las relecturas, mi texto se va empequeñeciendo, las palabras desaparecen —antes borradas por la goma o el corrector— ahora por un mero teclazo, y lo mismo puede suceder con párrafos y páginas. Me lleno de la urgencia de prescindir de lo superfluo. Si Valery apuntaba que un texto no se termina sino que se abandona, yo procuro, con muchos esfuerzos, en algún momento dejar el mío en paz para no quedarme otra vez con una superficie perfectamente en blanco. Aunque hoy, por fortuna, ese castigo que emula el castigo horrendo de Sísifo quizá sea algo menos relevante para el planeta, ya que los árboles siguen inalterados en su proceso vital; del calentamiento terráqueo, del que el pobre Sísifo no es culpable, mejor no hablo.

Creo que en la novela de poca extensión se suele encontrar con frecuencia gran calidad; un racimo de nombres se me viene a la cabeza: *El gran Gastby* de F. Scott Fitzgerald, *El viejo y el mar* de Ernest Hemingway, *La amortajada* de María Luisa Bombal, *El túnel* de Ernesto Sábato, *Los adioses* de Juan Carlos Onetti. Tres ilustres escritores mexicanos publicaron sendos libros que no tienen entre sus genes el del envejecimiento: *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *Aura* de Carlos Fuentes y *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco. De esta lista, que aquí detengo antes de que siga creciendo más y más, pienso que es la de Rulfo la que reúne el número mayor de voces que construyen fantasmalmente a Comala y al cacique Pedro Páramo dándoles forma antes de que se desmoronen como un montón de piedras. Siempre va a impresionarme la complejidad de este panorama, la polifonía de este coro.

Por su parte, la novela breve de Pacheco se ocupa del aprendizaje, no sólo sentimental, sino, de alguna manera, hoy casi arqueológico. La zona de la ciudad de México, tal y como la describió él, pronto no habrá ya nadie que así la recuerde. Sus lectores de ahora y más aún los de mañana descubrirán el eterno despertar del deseo púber pero, al mismo tiempo, atisbarán una urbe cuyas referencias se desvanecieron y que quizá ya no puedan siquiera reconocer.

La posibilidad que me han dado estas mínimas notas para poner en claro lo que pienso acerca de la novela corta, me lleva una vez más a mis razones y búsquedas. No, claro que las respuestas no pueden ser exactas como la de un problema algebraico. Ya dije que en mi

adolescencia quise escribir emulando a Salgari y hacer yo una saga con aventuras de piratas; pero pocos años después entendí que lo que de veras me interesaba, y sigue interesándome, son esas grandes y nunca resueltas preguntas que el ser humano se formula a lo largo de la vida. La aventura interior. Así, los personajes que atraviesan mis libros son seres muy común y corrientes, seres tan común y corrientes como yo.

En las ocho novelas breves, que a la fecha he publicado, aunque puede aparecer la sombra de la muerte —finalmente la otra cara de la vida— sólo en dos de ellas es central y violenta. En *Sombra ella misma*, el último día de la vida de Adelina Pardo, está el suicidio. En *La noche de las hormigas* son las horas de agonía de Alfonso Vigil asaltado en un parque. Sostengo que las capas interiores de las personas —de todas las personas— son como las capas geológicas: hay grietas, elevaciones, abismos, anfractuosidades que mucho me atrae investigar. También añado que quise, en la juventud, estudiar medicina empujada por un ansia grande de explorar al ser humano en toda la variedad de tejidos que lo conforman. No lo hice y, cuando me dediqué de lleno a la escritura, seguí explorando los tejidos, aquí más bien del alma, aunque nunca están unos desvinculados de los otros.

Pienso que en muchas novelas breves las posibilidades de jugar con las posibilidades nunca comprendidas del tiempo son recurrentes, por ejemplo, *Aura* lo extiende, comprime, altera. Y las discrepancias entre la percepción subjetiva y el tiempo externo medido por los astros o por un instrumento permite explorar su dilatación. El largo y prolongado recuento de unos pocos días en *El viejo y el mar* mueve a una reflexión perpleja. No sé si *Farabeuf* de Salvador Elizondo pueda considerarse novela breve, el subtítulo es elocuente: "Crónica de un instante", pero, en cambio, sí lo es *Elsinore* aunque aquí el recuerdo del despertar de la adolescencia se lleva a cabo en orden cronológico.

En cuanto a mis libros, el primero, *Círculos*, transcurre de que amanece a que anochece un día martes y *Los colores ocultos* va a suceder entre el abrir y cerrar la puerta. Para mí ha sido siempre importante explorar las inconsecuencias del tiempo, de afuera y de adentro, creo que este tópico puede quedar muy bien arropado dentro de una novela de pequeña extensión. Lo reducido de su tamaño, de interesarse el escritor por explorar en el desequilibrio temporal de afuera y adentro, llevará inevitablemente al lector hasta su propio desajuste, es decir, a sus sensaciones personales, las que ha experimentado y experimenta a lo largo de la vida. Y me atrevo a decir, también, que en uno de los autores que más admiro,

Marcel Proust, la recuperación del tiempo se vuelve sumamente narrativa, pormenorizada, y, al cabo de las muchas páginas sobre los momentos alzados de algún momento, quien lee puede gozar mucho la obra, pero es muy probable que ya no tenga presente, parafraseando a Salvador Elizondo, que se trata de la crónica de casi un instante.

Me parece que la novela corta ofrece una invitación poderosa para asomarse al abismo, al tensar el relato prescindiendo, lo más posible, de formas descriptivas que lo prolonguen. Quizá, tantos siglos atrás, Baltasar Gracián podría haber estado de acuerdo en lo breve de la novela breve. Si bien ha sido el cuento al que se compara y aproxima a la pulsión poética, en mi opinión, también la novela corta puede compartir (con cierta laxitud) dicha mirada. El poema busca tensar al máximo la elección de imágenes, de palabras que van a conformarlo. No puede debilitarse el rigor porque se frustra el poema. Y aunque en cualquier tipo de escritura es preciso el cuidado con lo que se dice o se alude, la cadencia de la prosa, el evitar rípios, cacofonías, redundancias, en una novela breve, que ha sido despojada de lo no esencial, lo bien que esté dispuesto el relato, la profundidad a que pueda llegarse y la elección rigurosa del lenguaje son necesarios para su cabal factura.

Si la destilación separa por ebullición los componentes de un líquido, la destilación en la escritura separa, asimismo, bajo el ardiente ejercicio del flujo creador, los elementos innecesarios que van a lastrarla. Permanece lo que es fundamental y que sustenta la novela corta. Todo lo que ahí se ha condensado es imprescindible. Y no cabe nada más.